

## 59. Predilección para los sacerdotes

Hemos venido narrando, aquí y allá, algunos episodios que revelan cuán grande fuesen el amor, la caridad, y las premuras de Gaspar hacia sus co-hermanos en el sacerdocio, y vamos a tener todavía más ocasiones para narrar otras. Nos duele sólo que, a veces, como en este capítulo, nos veamos obligados a limitarnos a algunas pinceladas, porque sólo para pasar la lista completa, se necesitarían páginas y páginas.

Cuenta el Merlini: *"Tenía que ir a menudo, ahora en una, ahora en otra Casa del Instituto, para arreglar el alboroto o, a veces compensar la deficiencia de los compañeros, quienes casi eran de los que caían enfermos. Me parece verlo todavía llegar feliz y alegre en las Casas, eliminar el abatimiento, comunicar aquella santa alegría y confianza, que toda tenía en su Señor.*

*Llegado en Velletri, donde yo me encontraba enfermo, me animó, me hizo levantar de la cama, sosteniéndome por el brazo, ya que mal quedaba de pie, luego me dijo de alcanzarlo de inmediato a la Misión de Sezze. ¡Así me sanó!"*

El mismo Merlini narra que, alcanzado Poggio Mirteto después de un largo y desastroso viaje a pie y bajo la lluvia, fue atacado por una fuerte fiebre hasta perder la conciencia. Después de unas pocas horas en la cama, Gaspar se acercó a su cabecera y le dijo alegremente: *"¡Don Giovanni, ya es la hora de su sermón, no se hace el misionero quedándose en la comodidad de la cama!"*

Don Giovanni se levantó inmediatamente y se llevó a la iglesia, donde dio catorce reflexiones para el Vía Crucis. ¡Había sanado!

Siempre Merlini, otra vez, habiéndose herido gravemente en la pierna, fue sanado por el Santo con una simple señal de la Cruz.

Don Pietro Spina, a su vez, que mientras estaba gravemente enfermo, recibió una carta con la que el Santo le ordenaba ir a predicar la Cuaresma en Pievevitorina. El escrito de Gaspar terminaba de esta manera: *"Si obedecerá, sanará"*. Don Pietro obedeció y sanó. También Don Giovanni Pedini, enfermo durante varios meses con fiebre terciana,

a la orden del Santo para ir a predicar, se sintió de inmediato con fuerzas y sin fiebre, y pudo partir.

En agosto de 1827, mientras Gaspar predicaba en Pievetorina, tuvo noticia que en Rimini un misionero se estaba muriendo. Corrió directamente a su cabecera, lo confortó y lo bendijo, y luego: *"Arriba, arriba - le dijo - levántese, ¡esta vez no se a morir"*, y el misionero pronto se levantó. En Albano, después del almuerzo, se encontraba en el jardín conversando con sus compañeros, cuando le fue entregada una carta. La leyó y llamó a don Ricciardi y a don Pedini: *"Rápido, ¡vamos a la iglesia a rezar! Don Fontana se está muriendo"*.

En esa misma hora, como se supo después, don Vincenzo María Fontana, que se encontraba en Frosinone gravemente enfermo, se sintió bien y dejó la cama. Gaspar, en su humildad, atribuyó el merito de la sanación a las fervientes oraciones de los dos compañeros.

Angelo Primavera, que sufría desde hace tiempo del estómago, comió el alimento bendecido por el Santo y empezó a tener más apetito y ya no sentía molestia alguna. El Hno. Bartolomeo Panzini, por una caída durante un viaje con el Santo de Roma a Albano, quedó gravemente herido en una pierna, pero apenas Gaspar se la marcó con una cruz, sanó. Otro misionero, yendo a la Misión, cayó de malo modo de caballo y no logró ponerse de pie, estando solo. Se vio, de repente, de frente una mujer con un frasco de vino que lo consoló.

*- Me ha enviado el canónigo de Búfalo. ¡Beba un sorbo y confíe en Dios!*

*"Nunca he bebido un vino tan bueno"* - afirmó él - *"ni antes, ni después, en mi vida!"* La mujer se fue rápidamente y desapareció y él montó en su caballo en buena forma. Gaspar en ese momento estaba lejos miles de millas. Cuando el misionero se lo agradeció, este sonrió y dijo: *- ¡Esa buena mujer te la envió el Señor!*

Como el Apóstol del Apocalipsis, Gaspar fue siempre atraído, embrujado, por la Sangre redentora. Entrado en el surco purpureo de esa espiritualidad promovida por su querido Albertini, recibía de esta también revelaciones del inmenso amor divino. Aquella Sangre, por lo tanto, no le permitía largos y solitarios vuelos místicos, pero lo invitaba a ser otro Cristo entre la gente. Sintió a través de esa Sangre, todo el mal de la vida, toda la

tristeza del pecado e hizo suyas, como el Cristo, los sufrimientos y las miserias de los demás, de acuerdo a la inteligencia del Calvario, sangrando a su vez por el prójimo.

Cuando el alma está llena de tan grande riqueza, el prodigio de la actividad, del sacrificio, de la caridad ya no es más un misterio. La Sangre de Jesús no era para él un tesoro escondido, reservado a la posesión solitaria, sino el tesoro que había que verter sobre todo sobre las almas de los hermanos sacerdotes, como Cristo la vertió en las almas de sus apóstoles, para que, a su vez, la donasen a las almas. Por eso él, más que por la salud de sus cuerpos, ansiaba por la perfección del espíritu. De esta ansia nació su famoso proyecto de reforma y santificación del clero. De ahí surgieron las Casas de Misión y agrupaciones dedicadas al clero local de los pueblitos. *“Santos los pastores, santo el rebaño”* - solía decir.

Escuchemos una vez más el Merlini: *“Cuando hablaba al clero buscaba con todos los medios remecerlo de la inercia y exhortarlo a una vida santa y santificadora. Si bien con mucho respeto y amabilidad, igual hablaba con gran fuerza y decisión, reprendiendo la conducta desordenada, que a veces tienen los clérigos. Se expresaba con delicadeza..., instaba a la santidad, a la oración, al estudio, al celo, a la dulzura en devolver las almas a Dios”*.

Cuando, con rostro radiante, abrazaba el gran Crucifijo, salían de su boca dulcísimas palabras, que arrastraban hacia el amor de Dios y hasta las lágrimas aquellos sacerdotes ya conquistados por su celo y por su vida de dificultades, fatigas y penitencias.

¡Cuántos sacerdotes, anhelando la perfección, acudían en San Felice para entrar en retiro y pasar horas inolvidables de celestiales delicias con el Santo!

Sucedió una vez en San Felice, - ¿sólo una vez? - que, acercándose, casi tomado de un abrazo, por un sacerdote, se encaminó a lo largo de la senda que conduce al Santuario del Fosco. Empezó a hablarle sobre el tema a él tan querido de la Sangre de Jesús y se sumergió en este hasta el punto de no percatarse que se desencadenaba una furiosa tormenta que le echaba encima agua en baldes. El compañero también, arrastrado por la palabra del Santo, perdió conocimiento de lo que estaba pasando alrededor y continuaban a recorrer la senda entre el alboroto.

Algún raro campesino que, con un manojito de hierba en los hombros y un saco vacío puesto como capucha en la cabeza, se apresuraba a regresar de los campos,

pasando a lado de los dos tipos extraños, les daba la voz aconsejándoles de regresar pronto a la casa. Al no tener respuesta sacudían la cabeza pensando: "*O son dos locos, o son dos santos!*" Nosotros no tenemos ninguna duda, hoy, pero en ese momento era lícito preguntárselo.

Gaspar y su compañero no oyeron ni siquiera el llamado agitado de un hermano lego que había salido a su encuentro con el único paraguas de la casa y una capa para que se amparasen lo más que podían.

¿Qué pueden importar rayos, relámpagos, truenos y lluvias torrenciales a quién, aunque tenga su cuerpo en la tierra, tiene el alma sumergida en la alegría del cielo?